

Un globo de Cantoya

un cuento de
Laura Santullo

ilustrado por
Alfredo Söderguit





I.

—El Chamuco está de regreso en el barrio —gritó mi amigo Felipe, ni bien entró en la cocina donde yo estaba merendando con mi abuela y mi mamá.

—¡Ave María Purísima, no puede ser! —exclamó la abuela Socorro, asustada con la noticia de que el diablo andaba tan cerca. Pero mi madre, que también había escuchado la novedad y sabía de quién hablaba Felipe, la tranquilizó explicándole que el que andaba de nuevo por el vecindario, después de vivir varios años en la capital, era el hijo de los García Villalba.

—Que desde niño le dicen el Chamuco, por mal hablado y por comportarse como el mismísimo demonio.

—Pero ya no hace nada de eso, señora Pilar. Cumplió diecisiete años y ahora

todos le dicen por su nombre, Arturo –explicó Felipe muy serio, defendiendo ante mi madre a nuestro héroe de la infancia. Porque aunque el Chamuco tenía muy mala fama entre los adultos, para la mayoría de los niños era un tipazo. Mayor que nosotros por ocho años, sus fantásticas aventuras habían sido narradas tantas veces y por tantas voces que era difícil saber cuáles eran verdad, cuáles exageración y cuáles eran definitivamente inventos.

Se decía que a los diez años se había fugado de la casa, llegando él solito en tren hasta la frontera, pero su mayor hazaña ocurriría dos años después, cuando logró colarse a los vestidores del estadio Central para hablar con Helder Joao Pereyra, el futbolista más famoso del mundo en aquel momento. Según se cuenta, el Chamuco habría conseguido que el jugador le regalara camiseta, banderín y pelota firmados, mismos que vendió después a precio de oro en el barrio. Si todo esto realmente había pasado, no se sabía, pero a los demás niños nos encantaba pensar que era cierto.

Pero el motivo del entusiasmo de Felipe no era únicamente el regreso de nuestro endemoniado vecino. Con la excusa de que necesitaba un libro de matemáticas con urgencia, me hizo abandonar el pan dulce y la leche por la

mitad para subir a mi habitación. Cuando estuvimos solos me contó la verdadera noticia.

–El Chamuco sabe hacer y volar globos de Cantoya.

Yo no tenía la menor idea de lo que era un globo de Cantoya, así que en un primer momento no pude compartir su excitación. Felipe me explicó que aquellos globos se armaban con decenas de pliegos de papel de china, y que eran delicados y difíciles de construir. En la base se les colocaba con alambre una mecha de trapo empapada en alcohol. Una vez terminados, se prendía fuego a la mecha para que el aire caliente hinchara el globo, así era que al soltarlo podía flotar solito. Pero lo mejor del asunto es que aquellos enormes y coloridos artefactos, que trepaban más allá de las nubes, se llevaban amarrados de un hilo los deseos de las personas escritos en papel.

Según Felipe averiguó, la cosa funcionaba de la siguiente manera: la persona que quería encontrar el amor, o conseguir un empleo, o curarse una enfermedad, o que andaba necesitada de cualquier tipo de milagro, escribía lo que quería obtener en un papel y, por una suma de dinero, el Chamuco enviaba su deseo, hacia el cielo soleado o hacia la noche oscura, con la garantía de que sería escuchado e incluso de que vería cumplido su anhelo, al menos en

la mayoría de los casos. Solo podía pedirse un deseo por globo, de modo que había que pensarlo muy bien.

Arturo, el Chamuco, había instalado la base de despegue para sus globos en la cúspide de la vieja torre del convento Dominico. El lugar, abandonado desde hacía muchísimos años, era uno de los puntos más altos de los alrededores. Aunque era un mirador muy bonito, que permitía ver gran parte de la ciudad, nadie iba nunca por allí porque su estado era ruinoso. El Chamuco lo había elegido justamente por su altura, ya que según afirmaba el dueño del negocio, ayudaba a que el globo, en su despedida del mundo terrestre, no encontrara obstáculos y pudiera llegar más pronto al cielo con su cargamento de peticiones.

La cosa era que Felipe y yo andábamos muy pero muy necesitados de un milagro. Y mi amigo estaba seguro de que en un globo de Cantoya podía viajar nuestra mejor oportunidad.

Un globo de Cantoya

un cuento de
Laura Santullo ilustrado por
Alfredo Söderguit

Los globos de Cantoya trepan al cielo con los carrillos llenos de aire caliente. Si bien su origen se remonta a una antigua tradición oriental, son habituales en México, donde se los fabrica con varios pliegues en coloridos papeles. Se dice que si un deseo se ata al globo en el momento del ascenso, este será escuchado en el cielo.

Dos amigos del barrio son hinchas de un cuadro de fútbol que por primera vez en su historia llega a las semifinales del campeonato. A través de la esperanza puesta en un globo de Cantoya, tratarán de cumplir el sueño de ver a su equipo campeón. El globo de papel cometa elevará sus deseos más allá de las nubes, pero solo el Chamuco sabrá lo que pidieron los niños.

Un globo de Cantoya, de Laura Santullo, ilustrado con delicadeza por Alfredo Söderguit, es una bellísima historia de amistad y de magia con un inesperado y conmovedor final.

ISBN 978-9974-8360-0-6



9 789974 836006